

*Miguel Catalán*

EL AIRE DE COMBRAY

Los cuervos que ayer bajaron con las últimas luces de la colina del castillo no cesaron de graznar en los bosques de Châteaudun hasta la medianoche; y luego, de mañana ya, al tomar el camino de Illiers, el paisaje amarillo se despliega sin embargo bajo un completo silencio en un movimiento panorámico de extensos trigales recién segados. Entre campos donde pastan las ovejas y meditan los caballos percherones, el termómetro de un Peugeot de alquiler azul ultramar marca diecisiete grados de temperatura sobre el húmedo, brillante asfalto que me lleva desde la región de la Beauce a la frontera con le Perche. Al cabo de unos minutos me sale al paso el río Vivonne del tiempo perdido, llamado Loir en este mundo y al cual no conviene confundir con el caudaloso Loire, *La Loire*, donde este pequeño Loir va a morir como en un mito matriarcal.

En el acceso a la población, un cartel advierte al viajero: «ILLIERS: LE COMBRAY DE MARCEL PROUST». Y es que, desde el centenario del nacimiento del escritor, en 1971, Illiers ha pasado a llamarse Illiers-Combray en su honor. Aparco en la calle Maladrerie, donde también se anuncia la casa de la tía Léonie con la facilidad de los reclamos publicitarios. Esta ingrata sensación producida por los índices de cartel que pretenden dirigirse precisamente a mí me lleva a recordar que dos pastelerías en Illiers se disputan la hegemonía de la ‘auténticas’ magdalenas proustianas; no sólo prometo evitarlas con cierta pueril solemnidad, sino que avanzando por la calle desierta me pregunto qué impulso me ha traído aquí en el fondo. Desde que leí *Du côté de chez Swann* por primera vez y más tarde traduje *Sur la lecture* me envolvió el deseo de viajar a este lugar; pero ahora vengo buscando el Combray de *Swann* y *Sur la lecture* con el firme propósito de resistir toda tentación de igualarlo con Illiers, y esto por varios motivos: para empezar, Proust sólo pasó aquí en Illiers cuatro cortas vacaciones de la Pascua Florida, en concreto las que fueron de sus seis a sus nueve años de edad; no mucho después de la última sufrió su primer ataque de asma en París, volviendo del Bosque de Bolonia, y su padre, que era médico, opinó que al trastorno de su primogénito no podían sentarle bien los aires de la Beauce; Marcel ya sólo retornó a Illiers en una ocasión a sus quince años, en 1886, obligado por los trámites paternos en torno a la herencia

familiar de su tía Léonie/Elisabeth. En segundo lugar, el propio Proust desechó la idea de volver más tarde, ni siquiera para documentar sus recuerdos, pues temía, como confesó en cierta ocasión a su sirvienta Céleste Albaret, que el paraíso infantil se desvaneciera al intentar rescatarlo. En tercer lugar, algunos de los episodios que se supone tuvieron lugar en la casa de Illiers sucedieron en realidad en la vivienda natal de Auteuil, París, hoy demolida, o en otras partes. Por último, Proust tomó prestados para su Combray diversos rasgos de otros pueblos y villas franceses que después barajó para terminar poniéndolos boca abajo con su habitual sentido del borrado de huellas; así el propio nombre, deudor acaso de una localidad llamada Combray mucho más al norte, en Normandía. Y, sin embargo de todo, Illiers parece ejercer una influencia decisiva en el universo del tiempo perdido; no sólo el primer volumen *Por el camino de Swann*, se halla impregnado de la dicha “pesada, pueblerina y casi rústica” de Combray, no sólo en los volúmenes del segundo al sexto brotan sus aguas aquí y allá a lo largo de un curso largamente subterráneo, sino que el tiempo recuperado mediante la *mémoire involontaire* en el séptimo y último resulta ser en buena medida el tiempo nostálgico de su infancia provincial; toda la capacidad de carga de la catedral proustiana, la monumentalidad psicológica y antropológica de su obra, hunde sus fundamentos en unas pocas semanas pasadas en el campo. Pero recorro ya la silenciosa Rue des Caves, por encima de cuyos tejados asoma el campanario de la Iglesia de Saint-Jacques y su veleta en forma de gallo, luego la Rue du Chêne Doré; calles desiertas de olor a guisado, con bellas flores, esa pasión francesa, colgadas de los balcones, de las farolas, de los muros de ladrillo rojo, de cada agarradera. Paso junto a un *pub* llamado *Le Santeuil*, por el protagonista de la inacabada novela juvenil de Proust, y al poco doy por fin con la antigua *rue de Saint-Esprit*; hoy la calle del Santo Espíritu se llama del doctor Proust en nombre de Adrien, padre de Marcel, célebre médico que salvó a los franceses del cólera y la peste bubónica. Se oye el zureo de unas palomas en su acera también despoblada cuando alcanzo el número cuatro, la casa de la tía Léonie. Un cartel conmemorativo en la fachada recuerda que Germaine Amiot, nieta de la tía Léonie, compró esta casa y la donó a la Sociedad de Amigos de

Marcel Proust y de Combray en 1976. Luego sabré que, al comprarla, Germaine la encontró vacía, sin un solo mueble, y que el mobiliario y la decoración actuales proceden sobre todo de otras casas donde vivió Proust. Mi llamada al timbre no obtiene respuesta. Doblo a izquierda, bajo hacia la plaza Lemoine y, doblando otra vez a izquierda, alcanzo el patio trasero de la casa, también cerrado, con su plancha de hierro adosada a la cancela a prueba de curiosos que me impide atisbar el interior. Quedan aún dos horas para la próxima visita guiada, advierte el cartel horario; colijo además de su gramática inexorable que no voy a poder hacer una visita *no* guiada. Forzado a cambiar el orden previsto de mis inspecciones, me dejo caer, plaza Lemoine abajo, en busca de un escaparate de pastelería sin magdalenas; tras dar cuenta de un hojaldre primoroso, remonto hacia la Iglesia de Saint-Jacques limpiando con la mayor discreción posible el azúcar de mis dedos. El Saint-Hilaire del tiempo perdido me recibe de perfil desde lo alto, alzándose en majestad sobre la adoquinada Plaza del Mercado. Dejando a un lado una estatua de Juana de Arco, un cartel junto al atrio explica que esta iglesia fue restaurada en el siglo XV por Florent d'Illiers, compañero de armas de Juana de Arco sobre las ruinas de una iglesia románica devastada por la Guerra de los Cien años. Me retiro unos metros para contemplar sobre los escarpados tejados de pizarra el campanario descrito por Proust, con su reloj y su juego de campanas. Luego paso bajo la dulzura petrificada de la virgen del parteluz y entro en el templo. La nave se ilumina automáticamente con un resorte de ingreso que también pone en marcha una grabación de órgano a través de la cual se abre no obstante el silencio de lo numinoso, tan diferente del silencio exterior. Primero al recorrer la nave, luego frente a la capilla de la Virgen María en cuyos bancos Proust describe por primera vez a la duquesa de Guermantes, la presencia de lo buscado me asalta aquí por vez primera: el oscuro techo de madera policromada en tonos rojos y azules, las vigas con los escudos familiares de Illiers, los bancos de puerta cerrada como palcos patrimoniales de una nobleza provincial, las losas de mármol, el púlpito de peldaños incrustados de polvo; no sólo en el exterior, sino también en el interior superviviente a los bombardeos de 1940, Proust describió en *Swann* esta iglesia de Saint-Jacques, sólo que dándole

el nombre de Saint-Hilaire, tomado a su vez de otra iglesia que dominaba Illiers hasta que se la llevó por delante el vendaval de la Revolución Francesa.

Me encamino al Pré Catelan, lugar donde el narrador sitúa la casa de campo de Swann. Bajando hacia el río por la Rue des Lavoirs, ya a las afueras de Illiers, doy con el lavadero adornado con cestas colgantes de flores frescas cuya agua corriente Proust describió en *Contra Sainte-Beuve* en conexión con las fuentes de la vida: «ce caractère incompréhensible qui devait être attaché à l'origine d'une vie naturelle». Fotografío su interior hoy vacío figurándome de hinojos a una de esas matronas que elegían este lugar, no por obligación o higiene doméstica, sino «à cause de son caractère illustre et sacré». Me acerco luego por una senda entre altos tilos a la *Passerelle* o Pont-Vieux sobre el Loir cubierto de nenúfares. Una ardilla de ardiente pelaje sube rauda a un nogal al advertir mi presencia. Tras cruzar el puente y caminar unos cincuenta metros siguiendo la ribera opuesta del río aparece el hoy llamado *Jardin de Marcel Proust*. Este jardín que toma su nombre de una sección del parisino Bosque de Bolonia fue diseñado por Jules Amiot, el marido de Elisabeth-Léonie; Proust lo convirtió en el Tiempo perdido en un espacio verde mucho más amplio, el parque (*parc*) de Tansonville, propiedad de Swann.

Es un jardín solitario en este día fresco y nublado, su disposición a la inglesa la misma que describe Proust cuando Gilberta lo saludó de lejos por primera vez, con las sombras de los árboles que dan un tono verdoso al agua cubierta de ninfeas, aunque, en vez de este arroyo que serpentea, en Combray espejaba el estanque cernido de nomeolvides donde Swann podía gustar, «en un cenador o bien al fresco al borde del estanque», de una comida ante una corona de rosas enlazadas por su jardinero alrededor de la mesa. Adivino la zona donde jugaba Marcel al escondite con su hermano Robert. Subo por un vial costanero en busca de la valla pintada de blanco al otro lado de la cual, más allá del jardín, se encuentra la senda de los espinos blancos. Pasado el momento de la flor, ahora es sólo una senda con arbustos en efecto que sube hacia los campos, como afirma en *Swann*, “formando pequeñas capillas” y que lleva, tras una larga caminata, a Méréglise: la Méséglise del

Tiempo perdido: «Cuando se quería coger el lado de Méséglise, se salía (...) del pueblo por el camino que corría a lo largo de la valla blanca del parque del señor Swann». Ante el seto de los espinos que se extiende hacia Méréglise, me digo que este es el camino de Swann o Méséglise que, partiendo de la puerta delantera de la casa de la tía Elisabeth, la que da a la calle entonces del Santo Espíritu y hoy del Dr. Proust, sigue por el Pré Catelan/Tansonville para terminar en Méséglise/Méréglise; el otro camino, el legendario *côté* de Guermites, partía de la puerta del jardín trasero de la casa que pronto visitaré y, cruzando el lavadero, remontaba el curso del Loir/ la Vivonne, pasaba por los tres campanarios de Martinville que hicieron nacer por primera vez en Marcel el deseo de escribir, y concluía en Saint-Éman. El narrador cuenta que de niño siempre supuso que los dos caminos eran opuestos e incompatibles: cuando salía a pasear por un camino es porque iba a ciertos lugares; cuando lo hacía por otro, porque iba a otros invariablemente distintos. Sólo en *Le temps retrouvé* la voz ingenua de Gilberta anulará de golpe todas las diferencias del mito para reunir en un solo plano cartográfico lo que eran dos *côtés* inconciliables: «Si usted quiere, podemos incluso salir una tarde para ir a Guermites, tomando por Méséglise. Es el camino más bonito». Pero también aquí debemos detener el vuelo de la imaginación: en la primera versión del tema de la “senda de los espinos”, Proust había pensado en *églantines* (gavanzas) en lugar de *aubépines* (espinos blancos); en una carta que escribe a su amigo Lucien Daudet, hijo del escritor Leon Daudet, y que reproduce Antoine Compagnon en su edición de *Swann*, Proust explica que, tras leer en un libro de botánica que la gavanza no florece sino más tarde, y consultar con un horticultor, corrigió su idea inicial para obtener flor en primavera, la estación de sus visitas a Illiers. Por otra parte, la casa de la tía Léonie me reclama y debo ir pensando en subir.

Llego a la casa cuando está a punto de dar comienzo la visita guiada. Entro en el patio ajardinado por la plaza Lemoine bajo el célebre cascabel y también bajo la campanilla que nunca dejó de sonar en la conciencia de Marcel anunciando nuevas visitas que a su vez retardaban el beso nocturno de la madre. La guía y los visitantes esperan con amabilidad a que retire esos vicarios

pétalos de estío que son los billetes de entrada teñidos de rosa. Al poco, la joven guía me saluda y casi presenta a una pareja de maduros norteamericanos, a dos damas literarias francesas y una señora mayor, también francesa, quien afirma no entenderse bien con los jóvenes de su propio país por incompatibilidad lingüística. Aunque formamos un semicírculo regular en el jardín de piedra machacada, no resisto la tentación de tomar asiento en la silla de hierro pintada de verde bajo una alheña; aquí se sentaba en las tardes pascueras, entonces bajo un castaño, la familia del escritor. Contemplo desde la silla las dos plantas de una casa que ya perdió su antiguo entramado de madera; la casa de Combray tiene tanto de esta de Illiers como de la derruida casa natal de Marcel en el número 96 de la calle La Fontaine, en el suburbio parisino de Auteuil. En torno a los azulejos de dibujo geométrico que enmarcan las ventanas por esta parte del jardín, la guía explica el amor por todo lo argelino de Jules Amiot, un hombre de negocios que residió algunos años en Argelia, y cómo a la vuelta le gustaba fumar de su narguile mientras su esposa, Elisabeth/Léonie, languidecía en su dormitorio. Siguen aquí también los azulejos de media luna que describe Marcel en *Sur la lecture*: «(...) del jardincillo que bordeaba con ladrillos y azulejos en forma de medialunas sus arriates de pensamientos». Entramos en primer lugar en la cocina, una de las piezas que guarda mayor fidelidad al estado que presentaba en la época del escritor. Objetos donados por Céleste, la última sirvienta de Proust: una negra cocina de hierro con hornos de boca tapada, un tostador de café, un fuelle, una espetera, cacerolas, una cafetera de doble recipiente que recuerda el complicado artefacto que describe Proust en manos de su tío horticultor, un plato alusivo con los espárragos en relieve, esos espárragos que la gobernanta Françoise/Ernestine hacía pelar a su sufrida ayudante, y, en especial, un asador de pollos con aspecto de pequeño tonel que me evoca enseguida el espectáculo con atisbos sádicos al que Proust asistió en esta cocina y que luego relata en *Swann*: cuando Françoise intentaba matar un pollo y el animal se resistía a morir, la tiránica sirvienta le atribuía la culpa mientras lo remataba: *¡Asqueroso animal! (Sale bête!)*, en una expresión del odio que nos suscitan precisamente aquellas personas a que hemos causado mayor dolor.

De la cocina pasamos al comedor, con su lámpara suspendida en el centro y su chimenea, así como los muebles que traen a la memoria los originales; una silla junto a la chimenea evoca las mañanas en que Marcel se venía medio a hurtadillas a leer a solas, cerca del fuego de leña, mientras la familia salía “a dar un paseo”; abro *Sur la lecture* por la banderilla roja: «Me instalaba en una silla, cerca del pequeño fuego de leña, del cual, durante el almuerzo, el tío madrugador y jardinero diría: “¡No viene nada mal! Se tolera muy bien un poco de fuego; os aseguro que a las seis hacía verdadero frío en el huerto. ¡Y pensar que sólo faltan ocho días para Pascua!”. Antes de la comida que, ay, pondría fin a la lectura, quedaban todavía dos largas horas». Proust evoca la dicha infantil de leer a solas en aposentos vacíos a trasmano de los adultos, deleite ensimismado, ávido e inaugural no exento de mortificantes interrupciones: «Desgraciadamente, la cocinera venía ya bastante antes a poner los cubiertos; ¡si al menos los hubiera puesto en silencio! Pero se creía en la obligación de decir: “No está bien en esa posición; ¿y si le acerco una mesa?”. Y sólo para responderle: “No, muchas gracias”, había que parar en seco y traer la propia voz de muy lejos; la voz que, de labios adentro, repetía sin ruido, de corrido, todas las palabras que los ojos acababan de leer; hacerla salir, y, para decir adecuadamente: “No, muchas gracias”, darle una apariencia de vida ordinaria, una entonación de respuesta que ya había perdido».

Subimos al piso alto por la escalera fatídica que con su persistente olor a barniz separaba a Proust de la madre; al acariciar el fino barandal de madera tachonada sobre los balaustres y al pisar las primeras baldosas hexagonales del piso alto sentimos que también aquí se manifestaba el drama de la separación de la madre. Entramos primero en la habitación de la tía Elisabeth-Léonie. Ni la real Elisabeth ni la literaria Léonie salían mucho de esta alcoba; enferma real, aunque imaginaria para los demás, pasaba el tiempo observando las ínfimas variaciones de la vida callejera de Illiers, entre ellas la perturbadora llegada al pueblo de un perro desconocido. Cuando el pequeño Marcel llegó a esta casa, su tía Elisabeth sólo contaba cincuenta años; el Marcel escritor hará de ella, sin embargo, una mujer mayor, casi anciana, quizás para distinguirla de la figura ideal de una madre

joven y hermosa. Me asomo a la ventana a que tantas veces se asomó Elisabeth/Léonie para luego comentar con Ernestine/Françoise “la crónica diaria, pero inmemorial, de Combray”. La vista resulta desde aquí muy pobre, pues da a una casi inmediata finca frontera; quizá debido a la estrechez de la calle, en la novela el narrador orientará esta ventana a un espacio exterior más abierto y animado.

En la cómoda al lado opuesto de la ventana reposa, encerrada en botella ancha y capaz, ya fuera de mercado, el agua de Vichy de la que, según Proust, casi se alimentaba su tía; la imagen de la virgen, la magdalena en forma de *coquille* o concha de peregrino debido a que Illiers forma parte de uno de los tradicionales caminos de Santiago (magdalena que primero, ay, fue también otra cosa en el arte proustiano: un biscuit); y, junto a la cómoda, el reclinatorio. La Sociedad de Amigos de Marcel Proust ha debido de reconstruir la alcoba a partir sin duda de este pasaje de Swann: «A un lado de su cama había una cómoda grande, amarilla, de madera de limonero, y una mesa que servía de botica y de altar donde, debajo de una estatuilla de la Virgen y una botella de agua de Vichy, se encontraban los devocionarios y las recetas médicas».

Dando apenas unos pasos llegamos al dormitorio de Marcel, contiguo al de su tía. En su interior, más estrecho de lo que uno podría imaginar a partir de los cambios de posición de los muebles que tienen lugar en los textos de Proust, se han recompuesto los elementos básicos de la alcoba lilial que ya antes el escritor había reordenado en su imaginación, incluyendo las borlas del cordón de las cortinas plegadas: «Aquellas altas cortinas blancas que ocultaban a las miradas el lecho situado como al fondo de un santuario; el revoltijo formado por las colchas de tafetán, los edredones de flores, los cubrecamas bordados, los cojines de batista, bajo el cual desaparecía el día, como un altar durante el mes de María bajo las guirnaldas y las flores, y que, a la tarde, para poder acostarme, depositaba con cuidado en una butaca donde accedían a pasar la noche; junto al lecho, la trinidad formada por el vaso con dibujos azules, el azucarero haciendo juego y una jarrita (...)

especies de instrumento de culto (...) que no habría creído menos podían profanarse, ni siquiera ser utilizados para mi uso personal, que si se hubiera tratado de cálices consagrados».

Sobre una mesilla cilíndrica junto a la alfombra a los pies de la cama reposa una palmatoria junto a un vetusto y arqueado ejemplar de *François le Champi*. Proust vuelve una y otra vez en su obra a esta novela incidental de George Sand, la lectura decisiva de la infancia de Marcel; su protagonista es un niño que se enamora de su madre adoptiva, atracción quizá inconveniente, pero no incestuosa, que debió de justificar el absorbente amor de Marcel hacia su madre biológica; un amor representado no sólo por la crueldad de la escalera que acabamos de subir, sino por la oscuridad de esta *chambre blanche* que tiene encajado entre el techo y el tabique un curioso vidrio incoloro y cuadrangular, una mínima claraboya que permitía transferir a esta alcoba la claridad de los aposentos con que comunicaba. La soledad se localiza en este dormitorio individual, segregado del de la madre por muros, tabiques, puertas, corredores de tenue luminiscencia. *Ma chambre à coucher*, explica el narrador, *redevenait le point fixe et douloureux de mes préoccupations*; a fin de distraer su soledad, añade punto seguido, le habían comprado una linterna mágica; una linterna semejante a la que también encontramos aquí, a la izquierda del lecho, con sus apaisadas fichas ilustradas con la historia de Barba-Azul o de Genoveva de Brabante; al proyectar las imágenes contra la pared, la luz llenaba la opacidad de los muros de “impalpables irisaciones, sobrenaturales apariciones multicolores”. Asimismo descansa sobre la repisa de la chimenea el reloj de péndulo. Colgado en la pared vecina, descubro la reproducción del grabado del príncipe Eugenio envuelto en su dolmán que Proust puso como ejemplo en su teoría de la belleza casual frente a la teoría estética de William Morris. En *Sobre la lectura*, donde define irónicamente este cuarto suyo como “nada hermoso, por estar lleno de cosas que no podían servir de nada”, Proust se opone al ideal del buen gusto que decora una habitación según los criterios de belleza y confort de su dueño, para defender en su lugar la azarosa decoración de las habitaciones extrañas; habitaciones de pensión o de familiares que, lejos de expresar nuestro pensamiento consciente, más bien imprimen el espíritu de

lo ajeno en nuestra sensibilidad excitada por el viaje. Este ideal viene ilustrado por el retrato del príncipe Eugenio que ahora tengo ante mis ojos: «una especie de grabado que representaba al príncipe Eugenio, terrible y hermoso dentro de su dolmán, y que me asombró encontrar una noche, en medio del estruendo de las locomotoras y el granizo, siempre terrible y hermoso, a la puerta de un restaurante de estación, donde servía de reclamo para una especialidad de galletas. Hoy sospecho que mi abuelo hubo de recibirlo algún día como regalo debido a la generosidad de un fabricante, antes de instalarse para siempre en mi habitación. Pero entonces yo no me preocupaba por su origen, que me parecía histórico y misterioso, y no me imaginaba pudieran existir varios ejemplares de lo que yo consideraba una persona, como un habitante permanente de la habitación que yo no hacía más que compartir con él y a quien volvía a encontrar todos los años, siempre idéntico a sí mismo».

En el dormitorio de Auteuil fue donde el desconsolado Marcel consiguió con la fiereza de sus lágrimas que su madre abdicara de la distancia nocturna para dormir, por fin, junto a él, dejando al padre al otro lado de la puerta, pero en esta de Illiers que ahora pisamos debió de afrontar la tormenta de los celos por los visitantes que ocupaban el tiempo de la madre hasta hacerle olvidar en cierta ocasión que debía subir a darle el beso de buenas noches; no otro motivo llevó al escritor a trasladar la escena de la abdicación materna a esta casa, tanto en *Jean Santeuil* como en la *Recherche*. Pero en esta habitación y en esta casa falta un elemento esencial debido a que también falta en la obra de Proust: la cama de su hermano Robert, el hermano pequeño activo y sensato de Marcel; el *autre loup* de la madre que terminaría siendo un espejo del padre triunfador. ¿Dónde dormiría el hermano pequeño? En una paradójica transferencia de los contenidos de la imaginación a la realidad, esta casa tan física, indiscutible y positiva alberga el vacío producido en la novela por los celos de Marcel hacia su hermano Robert. Céleste Albaret admitirá en sus memorias como único defecto de su idolatrado *Monsieur Proust* los celos fraternales, y cuenta la exigencia que Marcel impuso a Robert de que le cediera *todos* los muebles y objetos heredados de sus padres. Exigencia cumplida por el comprensivo Robert sin hacer preguntas.

Tras cruzar un salón con chimenea con retratos de los Amiot subimos al antiguo granero, que también se utilizó como vivienda para los sirvientes. Bajo sus vigas de madera cruzando los altos techos que levantan el fantasma del eco se ha instalado la sala de fotografías de Paul Nadar; este friso de tinta que recorreremos con gusto, compuesto por reproducciones en gran formato de la alta sociedad parisiense del cambio de siglo, muestra, con el aire de posteridad que tienen las fotografías en blanco y negro, una pléyade de amigos y conocidos de Proust, y, en especial, de los modelos que inspiraron algunos de sus personajes; en este espacio diáfano me pregunto dónde estaría el retrete aromatizado con raíces de iris florentino en el que, según cuenta George D. Painter, Proust aprendió a acariciarse a sí mismo mientras por el ventanuco veía una torre de las ruinas del castillo de Illiers, pero la joven y delicada guía no parece la persona más adecuada para satisfacer nuestra curiosidad, así que me encaro en primer lugar a Charles Haas, modelo principal de Swann, y luego a la señora Auberon, francamente gruesa, que inspiró a la autoritaria Madame Verdurin; la bella Laure Hayman a Odette, Robert de Montesquieu, con sus altivos bigotes de guía, al barón Charlus... Aristócratas, *salonniers*, artistas, *demi-mondaines*; todo un mundo fundado sobre el ocio que se esfumó con la Primera Guerra Mundial.

Descendemos de nuevo a la planta baja para visitar el Salón rojo, donde se exhibe una copia mediocre del célebre retrato que Jacques-Emile Blanche pintó de Proust con la *camélia a la boutonnière* y que se conserva en el museo D'Orsay de París; un retrato donde la belleza juvenil de Proust «que fue real y duró poco» en la descripción de Colette, quedó detenida para siempre; guardo en mi biblioteca una traducción de *Flora y Paloma* donde Colette describe así lo ocurrido tras el posado ante Blanche: «La enfermedad, el talento y el trabajo moldearon ese rostro sin pliegues, esas suaves mejillas pálidas y tersas, trastornaron los cabellos que no eran sedosos y finos, sino gruesos, de una vitalidad que daba miedo». Tras un salón con Jules Amiot vestido de tunecino entre otros recuerdos exóticos llegamos en la planta baja a un pequeño distribuidor que da al jardín; este es el lugar donde se sentaba el escritor a leer y donde, en las pausas, ponía los ojos en las flores y estatuas

de fuera; las cristaleras de la puerta son las mismas, también las reverberaciones producidas por los vidrios emplomados; la luz azul, roja y verde entraba sin duda por su derecha en un adelanto de luz metamorfoseada de los vitrales de Saint-Hilaire, y, en buena parte, también de Chartres.

Para terminar con la casa católica y provincial de la niñez de Proust pasamos a una sala museística, con fotografías originales de su infancia como la del escritor niño *en petit prince* sentado sobre una balaustrada de estudio, y otra en el *parc Monceau* de París con Antoinette Faure, la hija del futuro Presidente de la República, la misma que instó a Marcel a rellenar el después llamado cuestionario Proust, así como el retrato de su palidez tomado en el lecho de muerte; manuscritos, correspondencia autógrafa, tarjetas postales, documentos familiares y objetos que le pertenecieron además de un mechón de su cabello; un mechón curvo, cortado en su lecho de muerte por Céleste Albaret a petición de Robert. Un abanico de la madre de Proust y cruces de guerra y medallas de la Legión de honor obtenida por los varones activos de la familia, incluyendo un tratado de higiene.

Subo al coche y dejo a un lado el curso del Loir hacia el castillo de Villebon, ese lugar no menos equívoco y evanescente del camino de Guermantes al que el narrador traslada sus primeras actividades como *voyeur* de las ternuras lésbicas. En vez del camino de Guermantes, símbolo de lo inaccesible que lleva a Éman por Montjouvin/Mirougrain, tomaré mejor la nostálgica dirección de Méséglise, los interminables campos de trigo, los altos girasoles.

El viento se ha levantado de pronto como una confirmación atmosférica de mis intuiciones; al bajar la ventanilla siento en la piel por primera vez con toda certeza que no existe el camino de Guermantes ni tampoco el camino de Swann; Combray mismo no existe, aventuro con el mapa de carreteras ya cerrado en la guantera, e Illiers es, como decía Charlus, sólo un pueblecito entre muchos otros. Sólo existen los nombres de los países, *noms de pays*, la escritura de destino a partir de la nostalgia, de la belleza y la culpa; las inscripciones rotuladas a fuego en el hierro de los carteles que primero fueron nombres de persona y sólo más tarde de lugar; sólo existe el origen de la escritura; marcas, letreros y epígrafes plantados después en los cruces de caminos y sometidos al

granizo y las heladas que corroen los bordes de las letras y a la intemperie que las oxida, agujerea y ennegrece hasta terminar por desfigurarlas. Así, este Saint-Loup que era hace unas horas un cartel de desvío fue antes Saint-Loup-en-Bray, el sobrino del duque de Guermantes y amigo del alma de un narrador que nunca aceptaría su muerte, y aun antes otro pueblo llamado Saint-Loup-de-Naud, en la región de Seine-et-Marne, en nombre a su vez de un remoto clérigo que habría hecho enmudecer la campana de Sens para evitar que se la llevaran a París. Combray no existe e Illiers es, tenía razón el disoluto Charlus, sólo un pueblecito entre muchos otros. Sólo existe este viento que viene de Méréglise, lo único que el narrador conocía de Méséglise: «De Méséglise tan sólo conocía el camino».

Miguel Catalán